

“Refutado por la Ciencia”

En un primer momento, la comunidad científica descalificó rotundamente la alarma social generada alrededor del caso de Ana. Su publicación, en una revista de escaso factor de impacto, había causado un revuelo inexplicable en las redes (tanto más si se atendía a sus disparatadas conclusiones, alcanzadas con una cuestionable metodología de estudio y sobre un tamaño muestral de $n=1$), desde donde saltó a las páginas centrales de los periódicos y, poco después, a todas las tertulias televisivas. Es innegable el sensacionalismo que hubo en el tratamiento del asunto; lo cual, por otro lado, resulta fácilmente comprensible: explotar el rendimiento económico del miedo es una estrategia básica en todos los mercados, y los medios de comunicación ya habían tenido tiempo de comprobar el incremento del valor que habían experimentado las informaciones sanitarias desde la catastrófica pandemia de 2020. Hacía varios años que el mundo había vuelto a sus prisas cotidianas, casi como si nada hubiera sucedido; pero todavía, cuando las noticias sobre una nueva enfermedad, o un brote inexplicable de contagios, irrumpían violentamente en el panorama social, la gente revivía aquellos meses traumáticos y devoraba ansiosamente toda la información disponible, hasta que su interés quedaba sepultado bajo una actualidad aún más inmediata, ya fuera una erupción volcánica, una guerra en Europa, un avistamiento alienígena, o los estragos causados por la primera rebelión de una inteligencia artificial. Pero que Ana alcanzara una primera plana, fue, pese a todo, inesperado: en parte porque –honestamente–, las cosas que les pasan (o no les pasan) a los niños importan bastante poco al grueso de los adultos; y, en parte, porque el artículo tenía un evidente trasfondo psicoanalítico, una teoría por la que

“Refutado por la Ciencia”

1367 palabras

la mayoría de la gente se siente legitimada a expresar la misma displicencia que hacia las columnas del horóscopo. Sin embargo, como las tragedias futuras despiertan un mayor interés que los dramas del presente, la autora del artículo tuvo la suficiente audacia para señalar (en un gancho que podría ser atribuible a un escritor de éxito de novelas de ciencia ficción) el terrible destino que, de confirmarse su hipótesis, estaría acechando a la humanidad. Así, no se recreó en los altos índices de psicopatología en niños y adolescentes recogidos en las estadísticas nacionales, cuya máxima expresión era la escalada incesante en la tasa anual de suicidios infantiles, sino que empleó un enfoque todavía más perturbador.

En opinión de la psiquiatra, Ana era –salvando el hecho incontestable de su inexistencia–, una chiquilla bastante normal. Después de transcribir minuciosamente la entrevista con los padres, y las exploraciones clínicas llevadas a cabo en consulta con la niña, amén de la administración de una amplia batería de pruebas neuropsicológicas, concluía la necesidad de interpretar su inexistencia, no como una enfermedad en sí misma, sino como síntoma inequívoco de un problema social, de gravedad mucho mayor, que cabía suponer ya en un estadio terminal. Como una minúscula lesión cutánea que, bajo la mirada atenta de un médico docto, desenmascarara, de pronto, un carcinoma avanzado, para estupor del paciente, ignorantemente moribundo. Era aquella una niña-estigma, un signo de alarma que su equipo había biopsiado con finura para confirmar, en aquel informe publicado, la maligna sospecha de un cáncer social. Aseguraba la psiquiatra, basándose en el descubrimiento de aquella niña, que la abolición de la otredad en la construcción de la infancia había interferido en el funcionamiento mental de las generaciones más jóvenes, hasta el punto de cuestionar la naturaleza humana de las mismas. No cabe la diferenciación del psiquismo humano sin una fusión previa con sus adultos de referencia: los profundos cambios culturales parecían abocar a la extinción a

“Refutado por la Ciencia”

1367 palabras

una especie que había decidido delegar el desarrollo de las mentes de sus criaturas al lenguaje digital. Y cerraba el artículo con dos preguntas incendiarias: ¿se podía constatar la existencia de todos esos menores que crecían mecidos en hamacas automáticas, consolados por pantallas y educados en una ausencia psíquica disfrazada bajo los perfiles de sus dispositivos tecnológicos?; y, más aún, ¿valía la pena continuar invirtiendo cantidades ingentes de recursos económicos en personas que tal vez ni lo fueran?

Una estudiante de Psicología publicó en su perfil el enlace al artículo en abierto, transcribiendo estas controvertidas cuestiones. Como ya se ha referido, en tan sólo unas horas, la explosión mediática llevó a Ana hasta los telediarios. El torrente de opiniones salpicaba al público sin parar: su inexistencia era un bulo, o culpa de su madre trabajadora, o de su padre ausente, o del capitalismo; o era un sesgo de género producido por el patriarcado; o era un fracaso de las políticas del gobierno, o del sistema educativo, o del sistema a secas (fuera eso lo que fuera). Respuestas y contrarrespuestas circulaban como trenes de alta velocidad, colisionando en disputas ideológicas, frente a las cuales sólo cabía una posibilidad de consenso: dar voz a la propia afectada para que aclarara sus motivos y *demonstrara* la veracidad de su inexistencia.

Consternada por la tormenta de reacciones, y presa de unos remordimientos meticulosamente contruidos en un máster en Bioética, la editora de la revista emitió un comunicado recordando la importancia de mantener la confidencialidad de la paciente, máxime tratándose de una menor, por muy inexistente que fuese; pero no logró evitar que, al día siguiente, la niña ya estuviera ocupando un plató de la televisión nacional en horario de máxima audiencia.

Lo que más sorprendió a los espectadores fue su corta edad (tenía ocho años, pero no aparentaba más de seis), y la insondable negrura de sus ojos, en los que las pupilas

“Refutado por la Ciencia”

1367 palabras

resultaban indistinguibles. Era evidente que, pese a su aspecto saludable, aquella niña no tenía nada que aportar, simple y llanamente, porque *no* existía. Estaba allí y no estaba, como los haces de luz, o el fuego, habitando el limbo de la inmaterialidad. Los padres contestaron a la entrevista sin disimular su turbación, como si estuvieran masticando un pedazo de carne podrida que no tuvieran permitido escupir, pero no consiguieran tragar. Su relación conyugal no tenía nada reseñable, querían a la niña y cumplían con sus deberes parentales tal y como les habían enseñado la sociedad y sus propios padres. Sólo se habían percatado de que algo *no* pasaba con su hija de casualidad, después de recibir en blanco un boletín de notas del colegio. Cuando contactaron con la tutora para pedirle explicaciones, ésta les dijo que era imposible calificar a una alumna sin entidad. Al final de la entrevista, con las mejillas arrasadas en lágrimas, y apretando un pañuelito de papel entre sus dedos, la madre miró a cámara y suplicó a todas aquellas personas con niños al cargo que se informaran y buscaran activamente en ellos las señales del problema, porque eran casi indetectables, y nada les garantizaba que no estuvieran criando a menores inexistentes.

Sí: en un primer momento, las sociedades científicas reaccionaron furibundas ante tamaña patochada psicoanalítica, carente del mínimo rigor que exige la Medicina Basada en Pruebas, que auguraba los peores pronósticos para la pervivencia psíquica de la humanidad lanzando una sarta de aseveraciones sin fundamento sobre el Yo y el Otro, el estadio del espejo y la introyección de las relaciones objetales. Inundaron las redes y los programas televisivos con respuestas descalificadoras: todo el mundo sabía que las instancias de Freud habían sido completamente refutadas por la Ciencia. Algo así no era permisible a mediados del siglo XXI, con el genoma descifrado y las bases de neurológicas de la personalidad a punto de ser descubiertas. Plantearon, incluso, demandar a la psiquiatra y su equipo por escribir esa ignominia de artículo, y a la revista

“Refutado por la Ciencia”

1367 palabras

por publicarlo bajo una revisión de pares evidentemente sesgada, y a los responsables de las cadenas televisivas por alentar un pánico social sin fundamento.

Pero, en las noches que siguieron a aquella explosión mediática, los miembros de las distintas asociaciones científicas con hijos fueron sentándose frente a ellos –el corazón acelerado, el ceño fruncido y la sensación de que hacía mucho tiempo que no vivían un momento parecido, “y, ¿qué pasaría si fuera cierto?”– para descubrir, con angustia inenarrable, el vacío informe de lo que nunca había estado funcionando ante sus ojos como una inmensa pantalla blanca sobre la que se desplegaban, bidimensionales, sus propias proyecciones parentales, mientras sus menores avanzaban, desprovistos de todo cuanto ofrece la vida, hacia la infinitud redonda de la nada.